AÑO I. MADRID 5 DE FEBRERO DE 1888. NÚM. 6.º

La Risa

PERIÓDICO ILUSTRADO CÓMICO Y HUMORÍSTICO.

DIRECTOR LITERARIO
D. CARLOS FRONTAURA

DIRECTOR ARTÍSTICO
D. ALFREDO PEREA.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN.
Calle de Preciados, núm. 5, librería, Madrid.—Teléfono 684.

Se publica los domingos.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN.
En toda España: Trimestre, 3 ptas; semestre, 5,50; año, 10.
Extranjero y Ultramar: Año, 15.
Número suelto, 15 cénts.—Atrasado, 25 cénts.

EN EL GRAN MUNDO.

—¡Lo que estorban estos viejos que presumen de Tenorios!

HEMEROTECA

Biblioteca Nacional de España

CRÓNICA.

Señores, estoy asombrado, pasmado, maravillado, y aunque desearía hablar á ustedes hoy de cosas más alegres y menos obscuras, no puedo ocuparme en otro asunto que el que me preocupa.

Estoy bajo la pesadumbre de una obsesión abrumadora.

¿Por qué iría yo la otra noche á casa de don Severo Tenazilla, jubilado de lo contencioso?... Muchas veces me le he encontrado en la calle y siempre me ha dicho:—«¡Hombre! Váyase usted por casa, que tenemos un poquito de reunión para que se distraigan mi mujer Carmita, nuestra chica y las vecinas.»

Como digo, la otra noche pasaba por la calle de la Bola, donde vive don Severo, y me ocurrió subir. Piso tercero con entresuelo, primero y principal.

Cuando entré en la sala, vi que había bastante gente y parecía que no había nadie. Tan sepulcral silencio me pareció señal indudable de que allí ocurría algo grave. ¿Habrá reventado Severo? pensé.

Carmita, desde el sofá donde estaba sentada, me indicó que no hablase, poniéndose el dedo sobre los labios, y todos los demás imitaron el movimiento de la dueña de la casa.

Entré aterrado y me senté en una silla. Creí que me iba á dar algo, porque sobre la sofocación que me produjo la subida de doscientos escalones, la impresión que recibí al contemplar la actitud de los tertulios de don Severo, había causado un profundo trastorno en mi organismo. De suerte que las sienes me latían violentamente, el corazón me golpeaba y el sudor inundaba mi rostro.

Me senté, como digo, miré, y vi una escena completamente nueva para mí.

En una silla, delante de una mesa, sobre la cual *melancólica luz lanza un quinqué*, como dijo el poeta, un joven estaba en vías de magnetizar ó hacer dormir á una de las hijas de don Severo, y después de algunos momentos de lucha y retorceduras de cuerpo y quebrantamiento de huesos, la joven se durmió. Y el joven se levantó con aire de triunfo, y dijo al concurso:

—¡Ya está!

—¡Ah! ¡ah! ¡ah! — exclamaron todos con el más legítimo y profundo de los asombros.

Don Severo estaba conmovidísimo, y vino á mí y me dijo:

—Ahí la tiene usted. Dice el joven doctor que no ha encontrado un *sujeto* como mi Julita.

—¿Y quién es ese sujeto?—le pregunté.

—Mi hija, hombre, mi hija; *sujeto* se llama la persona hipnotizada, y por eso mi hija es un *sujeto*. Pero no perdamos un detalle siquiera. Ahora va á hacer todo lo que le mande ese joven sabio.

—¡Hombre! ¿Todo?...

El joven preguntó á don Severo:

—¿Su hija de usted sabe francés?

—No señor.

—Pues sin saber francés va á leer dormida lo que dice ese papel que le he entregado.

—Julita,—dijo, volviéndose á la dormida,—te mando que leas el papelito.

—¡Hombre, y la tutea!—dije á don Severo.

—Sí señor,—me contestó éste;—en estos casos científicos se usa la mayor franqueza.

Julita se levantó, y sin saber francés, leyó:

«*Mademoiselle, je t' aime, je t' adore, rien pourra nous separer pour la vie et pour la mort.*»

El público estaba absorto. La madre de la dormida lloraba enternecida, y don Severo me preguntó emocionado:

—¿Qué es lo que ha leído en francés?

—Una tontería,—le contesté.

—¡Cómo tontería!—repuso un poco picado.

—Julita,—dijo el profesor en hipnotismo,—te mando que contestes en español á lo que has leído en francés.

Y contestó:

—Yo también, yo también, y por siempre jamás, amén.

—Amén,—repitieron las señoras, creyendo que era el fin de una oración.

Y don Severo se santiguó, no sé si por devoción ó en testimonio de asombro.

Y siguieron los experimentos.

—¿Qué quieren ustedes que le pregunte?—dijo el profesor al público.

Biblioteca Nacional de España

—¡Hombre!—contestó un amigo de don Severo, conocido mío también, que está cesante hace tres años, y ladra de hambre;—pregúntele usted algo de mí.

—Julita,—preguntó el profesor á la dormida,—¿dónde tiene el dinero don Serapio?

—En ninguna parte,—contestó sin vacilar la muchacha.

Había acertado. El aludido lo confirmó volviéndose los bolsillos del pantalón y del chaleco. No había nada.

—Ahora—continuó el sabio hipnotizador—vas á decirnos qué te sucedería si te contrariasen en tu inclinación.

La joven se irguió, se encogió, se despeinó, y en fin, dió bien claro á entender que se iba á volver loca.

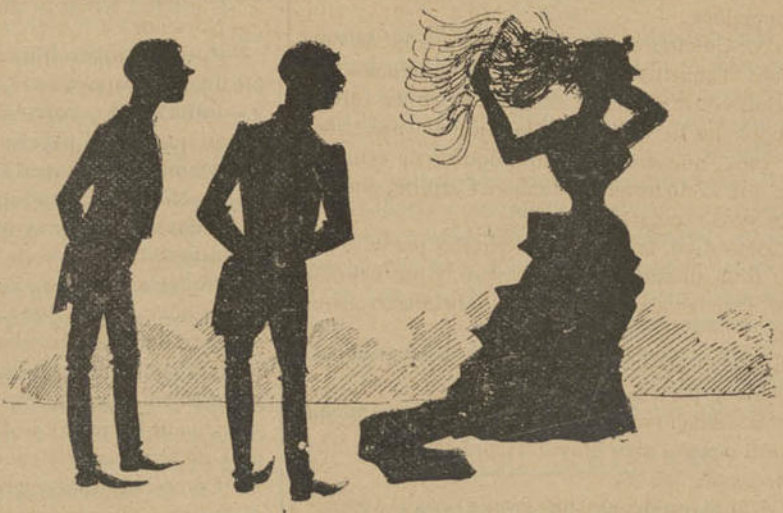
Esta escena, verdaderamente aterradora, impresionó vivamente.

La madre exclamaba:

—¡Jesús! ¡Jesús! ¡Mi hija!... ¡Por María Santísima!...

Un primo de Julita se levantó á pedir cuenta del desaguisado al profesor; pero éste, imperturbable, dijo:

—Julita, ponte cuerda.



—¿Cómo que se ponga cuerda? ¿Para qué es la cuerda? ¡Esto es ya demasiado!—exclamó don Severo.—Yo no permito...

Pero Julita había cesado en su locura, y se recogía el pelo en un abrir y cerrar de ojos, y llegándose al primo, le agarraba por la solapa, le hacía arrodillarse en una banqueta, y arrodillada también y dormida, le reprendía por meterse en lo que no le importaba.

Esto lo hizo de una manera tan natural, propiamente como si estuviera despierta, y el público no pudo menos que prorrumpir en aplausos.

Después, la simpática y linda sujeta, digo *sujeto*, adivinó dónde tenía el reloj su primo, y lo dijo: lo tenía empeñado.

Sería muy largo contar minuciosamente todos los prodigios de adivinación y de obediencia magnética que presenciamos los tertulios de don Severo.

El joven sabio mandaba á Julita que le siguiera, y ella le seguía como un perrillo por los pasillos; la mandaba reirse, y se reía á carcajadas; abrazarle, y le abrazaba; afligirse, y se afligía; cantar, y entonaba Julita:

Po-bre chi-ca
la que tiene que servir.

Por fin, no queriendo abusar de las fuerzas del *sujeto*, le mandó despertar, y entonces Julita cayó sobre un diván, con los nervios en una tensión verdaderamente fenomenal, riéndose histéricamente, y no costó poco trabajo al sabio que la muchacha despertara y se calmase y serenara.

Esto presencié la otra noche, y todavía me dura la impresión que en mí produjeron fenómenos tan extraordinarios.

Y me dura la impresión, á pesar de que ayer vino don Severo á verme, y me dijo:

Biblioteca Nacional de España

—¿Sabe usted que me temo que aquel joven sabio de la otra noche nos dió la lata?

—¿Qué lata?...

—Sí, le presentó en casa mi sobrino, aquel del reloj empeñado, que es un tunantuelo, diciéndome que era un doctor en ciencias ocultas, y me han dicho que no es más que estudiante de segundo año de medicina. Y resulta que Julita está enamorada de él. Ella jura y perjura que no recuerda nada de lo que hizo la otra noche, y ¿sabe usted lo que voy á hacer yo?... Pues voy á llevar á la niña á ese doctor italiano que sabe tanto de hipnotismo, para que me diga si la chica es *sujeto* ó hay que *sujetarla*.

* * *

Más agradable que la sesión de *hipnotismo* que presencié en casa de don Severo ha sido para mí la representación de la comedia de Carlos Coello, *La mujer de César*, en el teatro que dirige Emilio Mario.

Bello pensamiento, trama bien urdida, escenas ingeniosas é interesantes, pintura acertada de caracteres, lenguaje castizo y correcto, riqueza de hermosas imágenes y elevación y ternura de sentimientos; todo esto halla el espectador en la obra dramática citada.

Y los actores de la Comedia la representan admirablemente.

Reciban autor y actores mi cordial norabuena.

VENTURITA.

CUENTO DE COLOR OBSCURO.

Una noche, habiéndose la Muerte entretenido en sus negocios y siendo demasiado tarde para volver á sus mansiones de tinieblas, caminaba pensativa meditando dónde albergarse.

—Estoy cansada,—decía,—y no quiero *trabajar* más esta noche. Mi paso es ligero, más de lo que quisieran los hombres, que en són de befa cantan aquello de Saint-Amant: *La mort nous poursuit au galop*... Pero esta guadaña condenada pesa más que un ataúd. ¿Adónde diablos iré yo á pasar, ó á matar esta noche?

Y se internó en la ciudad, siempre sumida en sus dudas y reflexiones.

—Si quiero—decía—permanecer de incógnito, puedo hacerlo fácilmente. Yo sé lo que merece el público; lo sé como un ministro, y como un polichinela. No soy el esqueleto alado, vestido con negra túnica salpicada de estrellas: la hoz ó la guadaña, la rama de ciprés, pueden ocultarse fácilmente: no tienen á mi paso que taparse las narices, como Murillo cuando miraba mi trasunto en los gusanos de Valdés Leal. Y no me faltan—continuó—amigos y corresponsales. Pero ¡qué diablos! en todas partes me conocen. Yo llamaría en casa de cualquier médico ó farmacéutico; pero... ¡si me están haciendo favores todos los días! ¿Quién se atreve á molestarles á estas horas?...

La muerte pasó por la puerta del hospital, y se detuvo un momento vacilando.

—No entro,—dijo al fin.—Es casa que visito diariamente, y no puedo conservar el incógnito.

Y siguió avanzando, siempre avanzando, mudando de vez en cuándo de un hombro á otro la guadaña, instrumento de peso hasta para los hombros de la Muerte.

Descubríase con respeto al pasar por casas de juego, de prostitución y otras análogas.

—En todas partes—murmuraba—tengo factorías.

É intentó alojarse en diferentes fondas y posadas.

Pero en todas partes se desconfiaba de la vieja viajera, al reparar su falta de equipaje, y se la despedía más ó menos cortésmente al exhibir su cédula personal; que sin duda esta contribución no es cosa tan sólo de este mundo.

—Pasaremos la noche de cualquier modo,—pensó la Muerte.—Pero es preciso no pasarla sin un céntimo.

Y meditó de nuevo á quien pediría algún dinero; por supuesto, á quien no debiese ya favores.

—Un poeta—se dijo—me ha dedicado una excelente composición. La titula: «A la muerte», como pudiera haberla titulado: «A mi amada». Este es mi hombre.

Y se fué derechita á su casa, y le expuso sus deseos.

—Señora,—dijo el poeta,—viene usted equivocada. Soy escritor, y esto basta. He cantado «A la Muerte», porque no podía cantar á la que espero: «A la Muerte... por hambre».

Y le dió con la puerta en las narices, ó en el sitio de las narices.

Pero no se desanimó, porque la Muerte está acostumbrada á ser mal recibida, pero á triunfar en todas partes.

—Aquí vive—dijo deteniéndose—uno que ha escrito esta tarde al juez de guardia, anunciando su suicidio. Esto se escribe mucho antes de hacerse, y no recibirá mal mi visita. Subamos.

Y de dos zancadas subió á casa del susodicho, que seguía escribiendo cartas, y llamó.

—¿Quién es?—preguntó el presunto suicida.

—La que usted buscaba.

—Pero ¿quién es?—volvió á decir.

—Servidora de usted. La Muerte.

—¿La Muerte?... La pegaría yo un tiro, si no hubiera empeñado mis pistolas, y comido ya, y renunciado á suicidarme.

La Muerte siguió de nuevo su camino, y de nuevo se detuvo.

En un farol iluminado había leído: «Dinero sobre alhajas y efectos en buen uso».

Biblioteca Nacional de España

—¡Bah! Yo no he de trabajar hasta mañana...

Subió á la casa de préstamos, y colocó la guadaña sobre el mostrador.

—En buen uso,—dijo,—y de uso en todos tiempos y países.

—¿Tiene usted cédula?

—Sí señor. Soy la Muerte.

—¿Cuánto quiere usted?... Pida usted lo que quiera.

Estipularon la cantidad, y la Muerte recogió la papeleta.

—Está visto,—dijo la Muerte ya en la calle;—los prestamistas son mis *reporters* más agradecidos. Prestan sobre la vida, pero sobre la vida de la Muerte. Para sacar de apuros á la Muerte, no hay como un prestamista agradecido.

Y le chasqueaban los huesos de contento, cuando un hombre saltó á su cuello y la abrazó y la besó con los mayores transportes de alegría.

Era un sacristán agradecido.

La Muerte le refirió que en vano había buscado por todas partes hospitalidad, y el sacristán se manifestó muy ofendido por no haber ido á su casa desde luego. Pero, al saber que había empeñado la guadaña, á que tantos favores debía, se alarmó sobremanera y dijo:

—¡Corramos á desempeñarla á cualquier precio! Si la guadaña de la Muerte no ha de estar en sus manos, no consentiremos *nosotros* que esté nunca empeñada.

Luis COLL.

EL REMEDIO DE MIS MALES.

—

La otra noche, en el café
me encontré
á mi amigo don Torcuato,
y á su lado me senté
á fin de pasar el rato.
Después de la introducción
de cajón
entre personas decentes,
respecto á la situación
de la familia y parientes;
al preguntarme él á mí
respondí:
—Hombre, yo marcho tal cual,
es decir, así, así,
bien á veces y otras mal;
porque á lo mejor empieza
la cabeza
á decir que no está firme,
y confieso con franqueza
que hasta consigue aburrirme.—
—¡Caramba! (Torcuato dijo),
ya colijo
la causa del malestar;
su cuarto será, de fijo,
pequeño y sin ventilar.
Lo que mi amigo decía,
tontería
lo juzgué en aquel instante,
y haciendo que no lo oía,
seguí el relato adelante.
—Mi estómago delicado
disgustado
me pone en mil ocasiones,
pues no cómo con agrado
y hago mal las digestiones.
Torcuato que esto escuchó
replicó:
—¡Hola! me afirmo en lo dicho;
ahora le aseguro yo
que está malo por capricho.
Nada hay tan perjudicial
(por lo cual
le ruego cambie en seguida)
como una habitación mal
ventilada y reducida.
Yo por eso estoy contento;
mi aposento
es alegre y confortable,
y á mayor abundamiento,
en calle muy saludable.
Crea usté, querido amigo,
lo que digo:
múdese de habitación;
si se viene usté conmigo
cesa su indisposición.—
—¡Está *chiflado!*—pensé,
y ante su opinión graciosa
pregunté:
—¿Pues qué calle es la de usté?
. . . . . .
—¡La calle de la Ventosa!
. . . . . .

MARIANO DEL TODO.

Enero, 1888.

SEÑOR DIREITOR

de LA RISA.

—Muy señor mío y don Carlos de mi mayor consideración y respeto:

Pues es como sigue:

Que yo, señor direitor, soy mocita, para servir á usted hasta cierto punto y demás, y muchacha honrada, por más que me duela el decirlo, pero que así es, y que trabajo en el «despalillao» de la Fábrica de tabacos de Madrid, por cuenta de la Foncarralera ó Tabacarrera, ó como titulen á la sociedad competente.

Y yo, señor de Frontaura, he podido ir para otra profesión, como usted comprenderá cuando sepa que mi padre estuvo establecido en el Rastro con puesto fijo primeramente, y después como vendedor vacilante de objetos de tocador, tales como medias, pañuelos, batidores, ligas y navajas de Albacete.

Pero que murió cuando más falta nos hacía á mi madre y á mi hermana y á mí, y tuvimos que meternos á vivir del presupuesto.

Mi madre consiguió una portería gratuita, ó sea sin más estupendo por el casero que las habitaciones.

Y mi hermana y yo conseguimos, por influencias, entrar en la corporación de cigarreras.

Vivíamos regular dambas á tres personas, y

Biblioteca Nacional de España

aunque no para ahorrar dinero, siempre teníamos en casa cinco duros por un por si acaso.

A mí me salió un novio, chico papelista, no de periódicos, sino de esos que empapelan las casas.

Esto del novio nos ayuda, porque alguna que otra vez le convido á café y le orsequio con tabaco, y él está agradecido y se da una vuelta por casa, y como mi madre sabe que hablamos, no se incomoda.

Y mire usted, señor direitor, unos pantalones dan mucha sombra en una casa.

Tres mujeres solas no van á ninguna parte.

Pues que así podíamos ir tirando, aunque sin modestia, vamos, sin despilfarro, cuando sobreviene lo de las máquinas.

Desengañémonos, don Carlos, que las máquinas no pueden ser buenas para nosotras ni para la nación.

¿Pues qué más máquinas que nosotras?

Y luego la limpieza; que, aunque no debiera decirlo, tabaco que pase por estas manos saca un olor muy rico para cualquier fumador.

¿Que si alguna vez encuentran un pelo ó cualquier otro incidente?

Me parece á mí que un pelo de una buena moza no es lo mismo que un pelo de un aguador. Digo, me parece.

¿Y cuántas «golosinas» no se encuentra *una* en el pan?

Y no digamos nada de las fondas, donde una no sabe lo que come.

Por fin, que mi novio, que es un muchacho republicano, pero coleccionista, me dijo días pasados, viendo que el día menos pensado me dejan cesante en la Fábrica:

—¿Por qué no buscas otro oficio más lucrativo para el caso? Es preciso que hagamos algo de provecho: ya tú ves, yo he toreado ya dos tardes en los novillos embolados y dirigidos por el Medrano, y si no tengo un desavío, pronto saldré en toros de veras y me haré uno de tantos.

Yo le pregunté si uno de tantos toros, y si no salgo por piés me santigua.

Pues bien, señor don Carlos, que yo he consultado con vecinas y amigas, y una me ha indicado una carrera ó institución muy buena y que da mucha luz, según dicen.

La de dormida.

De esas que ven con los ojos cerrados, y andan y bailan y echan las cartas y lo adivinan todo; por más que yo, en decir que adivine en qué número va á caer el premio gordo de la lotería, no hago más de tarántula ó de farándula de esas que se duermen con cualquiera persona que las mira con malos ojos, ó con buenos.

He visto que hay algunos profesores de ésos y varias adivinas, y quisiera yo, puesto que usted es una persona de talento y de gracia y de justicia, que me dijera qué hay de verdad en eso, ó,

Biblioteca Nacional de España

por lo menos, si *una* puede colarse en la profesión ó no.

Porque la verdad es que una muchacha huérfana de un lado, es decir, huérfana de padre, como yo soy, y que no sabe del mundo más de lo que se aprende en una fábrica de tabacos, está sin sombra y expuesta á mil cosas.

Y la avaricia rompe el saco.

Y que es lo que yo le digo á ése:

—¿Tú no vas á ser banderillero? Pues con eso tenemos suficiente para nosotros dos, y aunque luego no seamos dos solos.

Pero como él no tiene completa seguridad de clavar banderillas en su sitio, ni protectores que le empujen...

De todas maneras, quiere decirse, que yo le escribo á usted para que me aconseje, si le parece, y de todas maneras se ofrece de usted, servidora afectísima,—*María Rosa.*

Y como manuscribiente de esta carta,

EDUARDO DE PALACIO.

CASOS Y COSAS.

—

Fama de avaro tenía
Cosme, que jugando un día,
hasta diez duros perdió;
y rebosando alegría,
el garito abandonó.
Viendo Juan su gozo extraño,
motejóle de sandez,
y respondió el muy tacaño:
—¿No he de reir, si entre diez
he metido uno de estaño?

—

Para el que anda en piés ajenos
hay más peligro á mi ver,
en un coche de los buenos,
que en un coche de alquiler.
Pues, por mucho que se diga,
es superior, sin modestia,
al talento del auriga
el instinto de la bestia.

MANUEL DEL PALACIO.

MARINAS.

—

La pintura es un arte al agua.

Fuera de honrosas y terrestres excepciones, los Murillos del día—*morillos* iba á decir,—empiezan su inspiración en los mares, chapotean con su numen en los golfos y fregotean su genio artístico con la tinta transparente de los lagos.

Aquel terrorista que propuso en la Convención hacer á París puerto de mar, se olía indudablemente la actual inundación de marinistas.

Ya no hay necesidad de ir al Retiro y mirar aquellos celajes que se observan frente á la estufa al otro lado del paseo de coches, para hacernos la ilusión de que estamos en la plena *concha* de San Sebastián ó en medio de la playa de Biarritz. Los escaparates están llenos de tablitas azules donde sobrenada una boya como un cubete de aceitunas, ó siempre una familia de navíos unidos

por su base, y cuyo escogida colección de palos mayores, menores y baupreses le hacen á uno pensar en un erizado y repleto palillero de dientes.

Si entra usted en un café, antes de que se le ocurra pedir agua rodearán su mesa una porción de corredores de mar—intérpretes de navío, como les llama el *Derecho Mercantil*—que le meten por los ojos, ya un caprichoso efecto de luna, ya una tromba marina como un plumero, ya una sencilla barca pescadora, digno modelo de lanzaderas para máquinas *Singer*.

A poca costa puede usted adquirir toda la cantábrica.

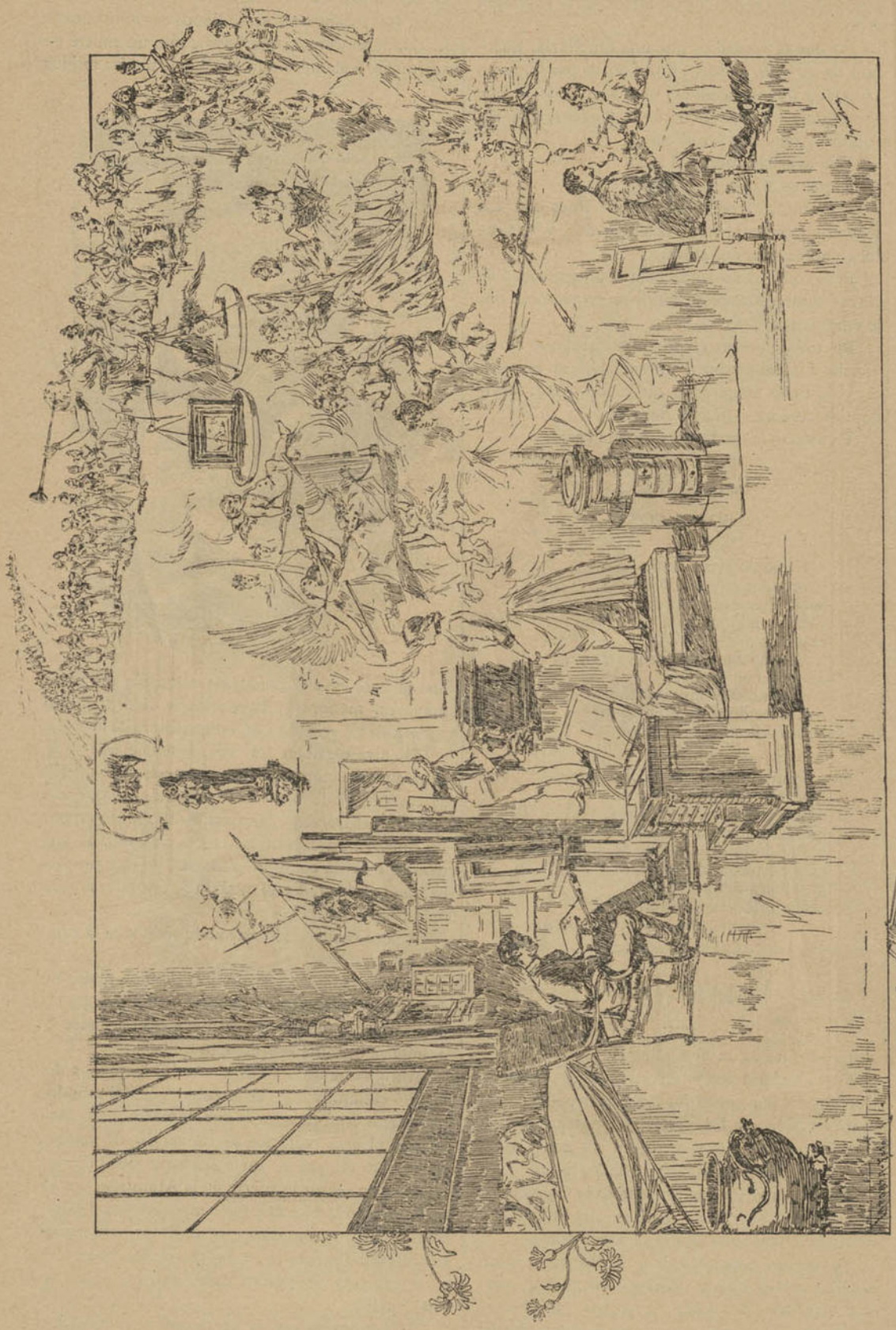
Y con media docena de esas tablas—restos de artísticos naufragios—se ahorra usted dos meses de aguador y tiene usted astillas para encender la chimenea durante ese tiempo.

Antiguamente eran *menos* todas las aguas del mar, ó creíamos que de la superficie del mundo, dos partes eran de agua y una de tierra, pero desde que el arte pictórico se ha salido de madre, tengo para mí que la parte terrestre del orbe no tardaría en seguir la suerte de la Atlántida; por lo cual no estaría de sobra que empezáramos á estudiar el curso preparatorio de anfibios para nuestro ulterior ingreso en el cuerpo de los peces.

Y con esto no quiero decir que los peces se nos coman.

Ya comprendo que la tierra está muy desacre-

Biblioteca Nacional de España



EL SUEÑO DE UN PINTOR.—(Dibujo de Ismolins.)

Biblioteca Nacional de España

LA PORTERÍA.—*(Dibujo de C. Plá.)*

La triple alianza.

Biblioteca Nacional de España

ditada desde que al maestro Zola se le antojó meterse con ella, pero éste no es motivo para renegar de nuestro elemento.

No exageren ustedes las emigraciones.

Si hay en el mundo artistas que tienen el origen de Venus y de las boquillas caras—es decir, que están hechas de espuma de mar—encuentro justo que los supradichos tritones del arte pinten olas, dibujen resacas y hasta se metan en los charcos; pero los que nacen en tierra firme no deben sentarse á la diestra de Neptuno.

Memento homo quia pulvis es.

Líbreme Dios de querer azuzar con esto á los artistas de *secano* contra los artistas de *regadío*, pues bien sé que en esta lucha de los elementos, el arte saldrá vencido al fin y á la postre.

Porque unas veces estará en el *aire* y otras andará con el *agua* al cuello, tan pronto lo echarán por *tierra* como se entregará al fuego voluntariamente, *quemándose* con mucha razón.

Trato solo de levantar contra el nuevo diluvio una cruzada, prometiendo ser tan *urbano* como el Pontífice que decretó la primera. Y cito, llamo y emplazo á todos los artistas, sin exigir á los combatientes robustez ni fuerza, porque en estas cosas, los cruzados *de brazos* para nada sirven.

El peligro es inminente, y si el mal no se ataja pronto, la villa del oso y del madroño quedará convertida en el islote del congrio y del pino marítimo.

No obstante, debemos ser generosos y regalar un par de calabazas á los artistas partidarios del mar.

Pero en cambio, hemos de pedirles que mientras duren las hostilidades bajen el precio de sus artículos, porque visto el de algunas tablitas, podemos decir de ellas lo que decía Quevedo de otra mercancía, no menos aguada que el arte actual:

«El vino anda por las nubes, aunque mejor diré que las nubes han bajado al vino, según lo mojado.»

¡Sus, y á ellos!

Hay que convencerles de que ahora necesitamos marinistas al estilo de Velázquez y de Murillo.

Que sin pintar el agua, pintaron *¡la mar!*

Luis Royo VILANOVA.

MIL OCHOCIENTOS

VEINTICINCO POR CIENTO.

Doña Robustiana es una buena persona, incapaz de quitar nada á nadie, que compra la bula todos los años en cuanto salen los trompeteros de la villa anunciando por esas calles de Dios y del Ayuntamiento la publicación del indulto cuadragesimal; que paga con puntualidad al casero; que confiesa y comulga todos los meses; que reza todas las tardes el rosario, y que primero faltará el sol que ella deje de oir misa un solo día.

Bajo el punto de vista religioso, no hay nada que pedir á la buena señora.

Bajo otros puntos de vista se le puede pedir dinero, y muchos se lo piden y ella lo da siempre, es decir, lo presta mediante un interés que varía entre el sesenta y el mil ochocientos veinticinco por ciento al año, según la garantía.

Ya estamos viendo el gesto de asombro y de incredulidad que han hecho nuestros lectores al leer estas cifras.

Si hay entre ellos algún prestamista, que todo puede ser, ése será el que más se haya asombrado y el que con mayor convicción habrá dicho:

—¡Qué disparates escriben en los periódicos! ¡Cómo se conoce que los periodistas no tienen nunca una peseta y no saben lo que cuesta sacar interés al dinero!

Pues sí, amigo don Simón, ó don Lesmes, ó como te llames. En Madrid se hacen todos los dias préstamos que devengan el mil ochocientos veinticinco por ciento al año, y si tú por más prestamista y usurero que seas te contentas con el real por duro al mes ó á la semana, eres mucho más inocente de lo que te figuras, y cuando vayas al infierno, puede ser que el diablo te eche á puntapiés de sus dominios y te diga que tu puesto está en el limbo.

Si así no sucede y á pesar de tu relativa candidez ocupas el lugar á que tienes derecho en las calderas de Pedro Botero, además de los tizonazos que por clasificación te correspondan, habrás de sufrir el tormento de ver cómo se ríe de tí doña Robustiana, que seguramente se encontrará allí, á pesar de sus misas y de sus jubileos, de sus rosarios y sus confesiones.

¿Quieres que te explique el lucrativo negocio de esta piadosa señora? Ya veo que abres cada ojo tamaño, y que la risa te retoza en los labios, y que hasta sientes impulsos de ofrecerme una participación en la ganancia.

Nada, hombre, no te apures.

No te quiero vender el secreto.

Voy á regalártelo á ver si te tienta la codicia y te decides á hacer la competencia á doña Robustiana, lo cual no puede menos de ser beneficioso pare los infelices á quienes explota.

Encontrar á los clientes es cosa fácil.

No tienes más que salir de tu casa, y difícilmente andarás cien pasos sin tropezar con uno de ellos.

El primer revendedor de frutas, legumbre ú hortalizas que te salga al paso lo será probablemente.

¿Qué capital necesita para su comercio?

Un duro.

¿Con qué garantía?

Biblioteca Nacional de España

La de su miseria.

¿Por cuánto tiempo?

Doce horas.

¿Qué interés paga?

Un real diario.

¿Quién es el banquero que explota este momio?

Por ahora doña Robustiana.

En estas breves líneas está explicado el negocio.

Para la gente práctica en esta clase da asuntos, todo está ya claro como el agua.

Y no hablemos de la del Lozoya en tiempo de lluvias.

Sino de cualquiera otra de las que se usan donde hay ayuntamientos que se creen obligados á proporcionar agua potable al vecindario.

Los revendedores á que nos referimos empiezan su comercio sin capital, y como para adquirir por la mañana en la plaza la mercancía que revenden necesitan un duro, allí está doña Robustiana, que se lo presta con la obligación de que se lo devuelvan por la noche.

El interés ya lo hemos dicho: es un real que se descuenta al tirón.

Es decir, que la buena señora entrega cuatro pesetas y setenta y cinco céntimos.

A las doce horas, ó sea al anochecer del mismo día, recibe cinco pesetas cabales.

Por consiguiente, no hay necesidad de haber estudiado matemáticas para averiguar que gana el cinco por ciento diario.

Cinco multiplicado por trescientos sesenta y cinco, que son los días que tiene el año, dan mil ochocientos veinticinco, según declaran unánimes Arquímedes, Descartes, Newton y Perico el ciego.

Y aquí tienen ustedes cómo doña Robustiana podrá no ganar el cielo con todos sus rezos, golpes de pecho, trisagios y novenas, pero una renta de tres ó cuatro pesetas diarias con un capital de doce ó quince duros no hay quien se la quite.

Los grandes economistas que se pasan la vida leyendo libros, haciendo cálculos y llenando resmas de números, para averiguar que las naciones son más ricas cuanto más deben, ó que la mortalidad en las Antillas durante un período de años *excede del ciento por ciento* de los europeos que allí emigran, dirán que el capital corre mucho riesgo y que esto justifica la ganancia.

¡Mentecatos!

No hay capital más asegurado que el de doña Robustiana.

Es cierto que no lo garantiza hipoteca de fincas, ni pagaré con firmas acreditadas, ni valores cotizables en Bolsa, ni escritura de depósito, ni siquiera un simple recibo.

Pero lo garantiza la necesidad del cliente, que si deja de pagar un duro, aparte de que sería citado ante el juez de paz, que le condenaría oyendo á los que fueron testigos del contrato, ya no puede pedir otro.

Si doña Robustiana le retira el crédito acabó su miserable comercio, y de este modo hipoteca el hambre de su familia, que aparece todos los días en su casa, y que él necesita acallar instantáneamente.

Porque es sabido que el hambre no tiene espera.

Así cuando doña Robustiana oye hablar de las ganancias realizadas por Salamancas y Manzanedos, Urquijos y Gironas en sus empresas mercantiles, ó de las combinaciones financieras de los Bravo Murillo ó los Salaverría, los Barzanallana ó los Camacho, no puede menos de dejar escapar una sonrisa, que traducida al lenguaje vulgar quiere decir:

¡Pobres hombres!

E. ZAMORA Y CABALLERO.

DIPUTADO RURAL.—*(Dibujo de D. Perea.)*

—¿Qué traes ahí, mujer?

—Los avíos de pescar que trajimos del pueblo. No quiero contrariarte en tus gustos. Te oí esta mañana decir al amigo que vino á verte: «Yo he venido á Madrid á pescar.»

—Sí, mujer, ¡qué tonta eres! á pescar una credencial, pero no peces.

Biblioteca Nacional de España

ADVERTENCIA OPORTUNA, *por D. Perea.*

—Mira, papá, ¡mira qué cabeza de cabrito!...
—Muy bonita; pero oye, hija, cuando te cases no te ocurra mostrar esas habilidades á tu marido.

Biblioteca Nacional de España

LA ESPOSA Y EL PERRITO.

—¿Qué es lo que quieres decirme,
mi amigo noble y leal?...
¿Por qué afanoso me miras?
¿Qué me quieres preguntar?
Bien te entiendo, amigo mío,
inteligente animal.
¡Por él es por quien preguntas;
me preguntas dónde está
el que tú y yo tanto amamos
y es nuestra felicidad!
Te impacientas porque tarda,
porque deseando estás
acariciarle, mostrándole
tu amor, tu fidelidad,
el regocijo que sientes
viéndole, oyéndole hablar,
recibiendo una caricia
de sus manos... ¿no es verdad?
¡Dichoso tú que en él pones
afecto tan singular,
que aunque él no te corresponda
cada vez le quieres más!
Tú eres quien me da el ejemplo
de cómo debo de amar
á tu dueño, que es el mío,
y por siempre lo será.

—Y á esta arenga de la bella
¿qué contestó el animal?
—Pues nada. Movió la cola,
y luego empezó á ladrar,
porque oyó la campanilla
y conoció que don Juan,
su dueño, el recién casado
con la bella Trinidad,
volvía de la oficina
con ganas de comer ya.

LA CORISTA.

Hay tres clases de coristas.

1.ª Coristas de ópera.

2.ª Idem de zarzuela seria.

3.ª Idem del género lírico-*ligero*.

Las apreciables artistas relativas que forman en la primera clase ofrecen pocas particularidades dignas de mención.

Recorred todos los teatros de ópera del mundo, y en todos hallaréis el mismísimo ejemplar de corista de *gran cartello*.

Delineada una, quedan delineadas todas.

Para ingresar en el coro de la gran ópera, hay que *tener el repertorio*, cuyo estudio representa una buena cantidad de años; de modo que entre la corista de esta clase en el pleno de sus funciones y la juventud hay por lo menos un paréntesis de tres lustros.

La corista de ópera no necesita *sentir el arte* ni tener conocimientos de estética.

He aquí sus principales obligaciones:

Leer música, ó *deletrearla* cuando menos.

Vestirse honestamente con arreglo á las disposiciones del director de escena, y cuanto más abrigadita mejor, porque tratándose de cantar óperas, la voz es lo primero; y un descote ligeramente exagerado en un traje de dama ó una manga corta, pueden producir un catarro y por ende *un abassamento di voce*.

A esto se debe el haber visto en *Dinorah* aldeanas con bufanda; y si no han salido á escena *vírgenes con manguito* en *L' Africana*, obra ha sido de la oportunidad del director de escena en observar el anacronismo.

Otra de las obligaciones más importantes é imprescindibles de las coristas de ópera es formar en correcta fila á un lado ú otro del teatro, permaneciendo impasibles en esta situación, con las manos cruzadas sobre el estómago, aunque se hunda el firmamento. La corista que se conmueve siquiera sea en la escena más patética ó trágica de la ópera, pierde su dignidad artística.

HEMEROTECA
Biblioteca Nacional de España

Así observamos la indiferencia con que ven la puñalada que se larga el tenor al final de *Un ballo in maschera* y *el sans façon* con que rezan por el alma de Valentín, cuando lo despacha Fausto de un volapié, con Mefistófeles al quite.

La excomunión lanzada por Baltasar en *La Favorita* al rey Alfonso produce entre las coristas el mismo efecto que un bando del Alcalde sobre bozales de los perros, ó el aislamiento de los pavos para evitar estragos variolosos.

Por regla general, las coristas de ópera son tranquilas y dan poco que hacer á la dirección escénica.

Cuestión de edad.

Id á cualquier teatro de ópera. Sumad el número de coristas hembras que pisan el escenario, y podréis exclamar seguros de no mentir, dirigiéndoos á los espectadores del paraíso:

—Desde las tablas de ese proscenio, cuarenta siglos os contemplan.

Y no hay más que decir de las coristas que constituyen el primer grupo de la clase.

Buenas esposas y excelentes madres de familia, lo mismo pegan un botón ó dos al chaleco conyugal ó planchan las camisitas de los nietos, que ayudan á cantar el más hermoso de los concertantes.

La corista de zarzuela seria es una degeneración de la época, que no llega, sin embargo, á confundirse con la del género cómico-ligero. Es un sér intermedio, una entidad filarmónica que participa de dos naturalezas, un pez entre dos aguas en la confluencia de dos mares artísticos, digámoslo así, y por ello la reservamos para la última cuartilla de nuestro artículo.

La corista que vamos á describir nació en España á la vida del arte, cuando el inolvidable Arderíus nos importó el género de espectáculo, tan admirablemente explotado por Meilhah, Halery y Offembach.

Arderíus no pedía hermosas voces, sino caras bonitas.

Gastando en ropa de teatro más que todos los empresarios juntos, nadie como Arderíus supo desnudar á la corista.

No hay pintor que como él haya fanatizado al público *con el desnudo*.

Y Arderíus ha dejado en el teatro tradiciones y reglas que vivirán aún largos y dilatados años para la prosperidad del arte escénico.

A la corista de género cómico-lírico-ligero no se le prueba la voz, se le mide la pantorrilla.

La corista que nos ocupa no ha de pensar en ropa de teatro, porque este gasto corre de cuenta de la empresa.

En cambio ha de proveerse de *maillot* de *seda*, que aun comprado de lance por quiebra de alguna compañía ó por retiro de otra á la vida privada, no ha de costarle menos de cinco ó seis duros.

Ha de tener botas polonesas de raso, lo menos de dos colores: grana y azul.

La que encima de eso las tiene también verdes, asombra á las compañeras por su fastuosidad, jamás atribuída á buenos medios, por supuesto.

También ha de tener zapatos bajos de varias formas y colores y una abundante colección de medias de seda, á no ser que reveses de fortuna, ó poca suerte en las lides de Cupido la obliguen á *contentarse* con el hilo de Escocia ó el algodón tejido en la industriosa Cataluña.

La corista ya *probada* y *consentida*, al cerrarse un teatro, para ser contratada sin regateos, no tiene más que presentarse en el que vaya á abrirse.

La *nueva* ó la *desairada*, si el teatro es pequeño y excesivo el número de las aspirantes, necesita proveerse para su admisión infalible—tratándose de teatros de verano—de la recomendación de un concejal.

Si la recomienda un teniente alcalde, con seguridad logrará dos reales más de sueldo, y si es diputado provincial el que recomienda, la interesada podrá exigir que el director de escena le reparta *papelitos*... ¡Papelitos!

El ideal de toda corista.

Ninguna quiere hacer papeles, pero papelitos todas.

Los *papeles* están reservados para las madres de las coristas.

¡Y qué papeles!

Pero qué admirablemente hechos.

La corista, aunque la función acabe tarde, cumpliendo lo prescrito en la tablilla de ensayos, va al teatro á las diez y media ó las once de la mañana.

La recibe el representante, que la trata desdeñosamente y se complace en multarla por faltas de puntualidad.

El maestro de coros no la trata mejor.

El director de escena tampoco.

Todos ellos, como faltos de autoridad y de merecimientos, muchas veces no pueden desahogar directamente el mal humor que les producen las faltas ó torpezas de las partes principales, lo exhalan regañando de modo destemplado á las pobres coristas, *anima vili* ó carne de cañón, como si dijéramos.

Las coristas generalmente van solas al teatro.

Las mamás respectivas se quedan en casa para disponer y cuidar del pucherete y de los nietos, en el caso *de ser habidos*.

Se dan casos.

En cambio las mamás no faltan al teatro por las noches.

Y se explica.

A los ensayos, por regla general, no van los abonados, ni se hacen á horas propias de tomar sorbetes.

Biblioteca Nacional de España

Por la noche...

¿Y qué abonado refrescará á una niña, dejando en seco las fauces de la mamá?

Ninguno que se estime.

—¿Qué quieres tomar, niña?

—Un mantecado.

—¿Y usted, señora?

—Hoy no me encuentro bien; tengo apretada la garganta. No quiero refrescar; pero... tomaré un *bifteack* con patatas.

—¿Y vino?

—Poco; una grande, pero con agua de Seltz.

Dirigirse á una de estas jóvenes equivale á mantener á una familia.

La corista pasa cuatro y cinco horas en ensayo, utilizando los *mutis* ó el rato de estar al piano para hacer crochet.

Es la colcha para *cuando se case*.

Tampoco la corista de este género siente entusiasmo por el arte.

Reniega del trabajo artístico, que entre otros inconvenientes, tiene el de vedarle el uso de los quehaceres domésticos.

Como la corista ligera tiene corta juventud, si es lista, si piensa en el día de mañana, va poco á poco dedicándose á buscar el medio de llegar á corista seria y á entrar más tarde en la gran ópera, venerable cuartel de inválidos en el que se cobijan las hermosuras disipadas por la acción del tiempo y de otras acciones no menos temibles.

Elegid y juntad todo lo bueno y todo lo malo de la corista ligera y la de ópera, y tendréis un retrato acabado y perfecto de la corista de zarzuela seria.

La mejor corista llega á tener de sueldo... ¡tres pesetas!

Sin las masas corales no habría triunfos para las grandes obras.

El conjunto coro iguala en mérito á una parte principal, y es en el teatro tan necesario como ella.

Y sin embargo, la corista en la vejez vive una corta temporada de *los guantes que le echan* en los teatros, y después... después muere en una buhardilla ó en el hospital.

¡Pobres coristas!

RAFAEL MARÍA LIERN.

PASATIEMPOS INOCENTES.

Solución de los publicados en el número 5.

ANAGRAMAS.

Donato Jiménez.
Rafael Molina (Lagartijo).

MOSAICO.

Vocal.—E.
Zumo.—Mosto.
Verbo.—Optar.
Ciudad de España.—Estella.
Célebre actor francés.—Talma.
Adorno.—Orlas.
Vocal.—A.

Han remitido las soluciones Doña Rodríguez de Grijalba.—Ignacio C.—Roberto Casajús.—Antonio Lafiguera.—Candidito Emperador.—Ricardo Sanz.—Nicolás Cands.—Domingo Alcalde.—Carolina Bermejo.—Mariano Herrero Lax.—María Victoria Bariego.—R. P. Ouldfield.—Anaxíteles Von Pucheta.—Pomponnet.—Estanislao Flores.

*
* *

CUADRO.

* * * * *
* . . . .
* . . . . Primero. Sustituyendo los *puntos* por letras, leer horizontal y verticalmente:
* . . . .

1.° Un adjetivo.
2.° Aves acuáticas.
3.° Sér fantástico.
4.° Plural de un mamífero.

Segundo. Sustituyendo también por letras los *asteriscos*, leer horizontal y verticalmente:

1.° Objeto óptico.
2.° Cierta flor.
3.° Animales marinos.
4.° Amenaza.
5.° Plural de un adjetivo.

*
* *

LOGOGRIFO NUMÉRICO.

1. 2. 3. 4. 5. 6. 7. 8. Nombre de mujer.
7. 5. 6. Infinitivo.
6. 8. 7. 5. Lugar de refugio.
6. 5. 3. 8. Mamífero.
4. 6. 2. 3. 5. Cierta cavidad.
8. 7. 2. 5. 6. Campamento.
1. 2. 8. 6. 7. 8. Vigilante.
3. 2. 1. 4. 5. Nombre de un rey de España.
7. 6. 5. 4. 8. Máquina.
7. 5. 4. 8. Asma.
4. 5. 3. 8. Mamífero (hembra).
3. 2. 1. Tejido.

*
* *

MOSAICO.

—

A A A I I I I
B D L L L L P S T

Combinar estas letras de modo que se lea horizontalmente:

1.° Consonante.
2.° Flor.
3.° Nombre que se dió á cierta parte de Africa.
4.° Nombre célebre en la historia de España.

Y verticalmente:

1.° Consonante.
2.° Nota musical.
3.° Combate, lucha.
4.° Pueblo de Alicante.
5.° Río de España.
6.° Contracción gramatical.
7.° Vocal.

M. MARZAL.

ADVERTENCIA.

La novela *Las tres hermanas* concluirá en el número séptimo.

MADRID, 1888.
Imprenta y librería de Miguel Guijarro, Preciados, 5.

Biblioteca Nacional de España

MADRID DE NOCHE.

Efecto del eclipse de luna en la Casa de Campo.

TOMADO DEL NATURAL, POR URRUTIA.

ANUNCIOS.

LA RISA

SEMANARIO ILUSTRADO, CÓMICO Y HUMORÍSTICO.

SE PUBLICA LOS DOMINGOS, Y CONTIENE

artículos y poesías de nuestros principales literatos, y viñetas y caricaturas de los mejores dibujantes.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN.

En toda España.—Trimestre, 3 ptas; semestre, 5,50; año, 10.

Extranjero y Ultramar.—Año, 15 ptas.

Un número, 15 céntimos.—Idem atrasado, 25.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número corriente.

Las suscripciones empiezan el 1.° de cada mes, y no se sirven si al pedido no se acompaña su importe.

En provincias no se admiten por menos de tres meses.

Los señores suscriptores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro Mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

Toda la correspondencia á nombre de D. Miguel Guijarro, á la Redacción y Administración, Preciados, 5, librería. Teléfono 684.

LIBRERÍA DE MIGUEL GUIJARRO

PRECIADOS, NÚM. 5, MADRID.

EL OCASO DE LA LIBERTAD

por

D. EMILIO CASTELAR.

Un tomo en 4.° Precio, 5 pesetas.

EL MILANO DE LOS MARES

NOVELA MARÍTIMA

por

D. ALEJANDRO BENISIA.

Dos tomos en 4.°, con láminas. Precio, 6 pesetas.

EL LIBRO DE MARÍA.

Cuadros de la vida de la Virgen

POR

D. EDUARDO BUSTILLO.

Un tomo en 8.°, con láminas. Precio, 2 pesetas.

Biblioteca Nacional de España